

# El Eco de Cartagena.

Año XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

Núm. 7739.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7'50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11'25 id.  
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.  
Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LORSTRE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JOY, 8, bis rue de Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.  
Números sueltos 15 céntimos.

## CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de y anuncios remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de oblitación legal.—No se devuelven los originales.  
Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.  
REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.  
Anuncios á precios convencionales.

JUEVES 1.º DE SETIEMBRE DE 1887.

La REDACCION y ADMINISTRACION de este periódico, se ha trasladado á la calle de Medieras número 4.

La lotería de D. Luis Martínez, se ha trasladado á la calle Mayor, frente al Casino.

## LOS NIÑOS ACTORES.

Sr. Presidente de la Sociedad Protectora de los Niños.

El vivísimo interés que me inspira la infancia, aunque no tengo la dicha de ser padre, me mueve á molestar su atención una vez más, que no será la última, si he de atender al grito de mi conciencia, cada vez más pertinaz en exigirnos como no deber la propaganda en favor de los débiles.

Usted, respetable señor mío, habrá sufrido mucho siempre que haya visto á los pobres muchachos que pueblan los mal llamados asilos de la peor apellido. Beneficencia, acompañar entierros ó procesiones vela en mano, ateridos unas veces de frío, sofocados otras por el calor y mal pertrechados contra el agua y la intemperie, por sus ropas miserables.

¡Infelices! se habrá Vd. dicho; ¡cuántos de entre vosotros, sin saberlo seréis hijos de gente muy noble y rica, cuyos vástagos legitimados disfrutarán todas las comodidades que vosotros sus hermanos no podeis soñar siquiera!

Y no habrá Vd. padecido menos ante un aprendiz cargado con pesos excesivos para su edad, maltratado y desmoralizado en el taller, ni antes las brutalidades que se refieren de los Escolapios y otros maestros de aquellos de la letra con sangre, que se reducía á la sangre sin letra.

Usted habrá sentido compasión por los muchachos que inutiliza la Iglesia admitiéndolos como acólitos, oficio que desmoraliza mil veces más que el peor taller de los que puede concebir Zola; y se habrá interesado en gran manera por todos esos niños que utilizan la industria, la mendicidad y la hipocresía filantrópica.

No temo equivocarme si pienso y digo que cuando en el trato social ha tropezado usted con unas de esas familias estúpidas que poseen un niño precoz de los que tocan el piano, hacen ó recitan versos, pronuncian discursos y lucen ante los amigos con extrañas habilidades, impropias de su tierna edad, ha experimentado Vd. dolorosa sensación en presencia de aquella paternal ridícula vanidad é ignorancia, que no mide las fa-

tales consecuencias de todo aquello en el corazón, la inteligencia y el cuerpo de las criaturas.

No ha notado Vd. en esos chiquillos tales los síntomas premonitores de la vanidad monstruosa que rodea al endiosamiento de la falsedad ó ficción característica de todos los virtuosi de un orgullo que pronto será indomable, de la más atroz envidia que acompaña siempre al egoísmo de los que se creen seres superiores?

Mi amigo el clérigo de esta redacción, observó una vez todo eso y mucho más en el famoso niño predicador que le fué necesariamente repulsivo, como todo lo que es antinatural, y se indignó contra los padres que explotaban aquella criatura desgraciada.

Creo, pues, que Vd. en su alto criterio como yo allá en mis humildes entenderes, ve la necesidad de proteger al niño contra la beneficencia oficial y particular, contra los Escolapios y sus imitadores, contra la explotación de los hipócritas, contra la Iglesia y... no me asusto al decirlo, muchas veces contra sus mismos padres.

La verdad es, que no estamos tan civilizados los españoles como parece; pero, ¿qué digo españoles? no hay pueblo alguno que no sea todavía excesivamente bárbaro, porque en todos, incluso los que pasan por más civilizados, se oprime, explota y maltrata á los niños y las mujeres; á todo ser débil é indefenso.

Tristes, muy tristes reflexiones me sugiere todo lo dicho; pero crea usted dignísimo Presidente, que más, mucho más daño que todo eso, me produce la idea solo de que haya quien pretenda hacer actores á los niños.

No lo puedo sufrir, los nervios se me crispan de pensarlo; y si el que tal hace obrase no por un error como creo, haciéndole honor muy grande, sino por miras interesadas, yo que soy tan liberal, tolerante y amigo de la clemencia, no hallaría castigo bastante para él.

Hace ya muchos años, presencié una función teatral de las que daba la malhadada Infantil, creación absurda de un espíritu que quiero suponer extraviado.

Aquella compañía de niños de ambos sexos que no pasaban de 13 años, ejecutaba una obra, no recuerdo cual ni falta que hace; basta decir que estaba escrita para hombres y por lo tanto había en ella juego de pasiones no todas nobles, como es natural.

Un hermoso muchacho de 12 años á lo más, hacía un papel de traidor moderno ó de levita; otro niño algo menor y de expresión noble, el de criado truhan, embustero, chismoso é hipócrita.

Allí era de ver como aquellos rostros infantiles tomaban las inflexiones de los malos caracteres que representaban, y la

voz, maneras, expresión total de las pasiones que no sentían. Aquello me lastimaba profundamente.

Pero cuando ya el sufrimiento llegó en mí hasta la tortura, cuando la indignación apenas me dejaba respirar, fué al ver en escena una hermosísima niña de rostro angelical y voz de cielo, una preciosidad de once abriles, desempeñando el papel de la esposa adúltera, falsa, caprichosa y coqueta, que juega no sólo con el honor de su marido, sino con los afectos bastardos que inspira á varios adoradores.

¡Y qué bien desempeñaba su papel! Ni un detalle el más pequeño descuidaban así en la expresión del semblante como en los tonos de la voz y el movimiento del cuerpo.

Del mismo modo se manejaba otra chiquilla morena, de ojos negros, que hacía de criada traviesa dada á terceras; y no desmerecieron del conjunto los muchachos encargados de representar pollos calaveras gastados en el vicio, maridos cándidos y ancianos decrepitos.

Rousseau, que reprobaba la estólida costumbre de hacer que los niños aprendieran tábulas como recurso de educación, y decía: ¡infelices criaturas! todavía no saben qué es la verdad y ya se les inbuye en la mentira más absurda!

¿Qué hubiera dicho al ver aquello?

¡Almas tiernas incapaces de apreciar exactamente el bien, corazones tranquilos no turbados aún por las pasiones, inteligencias en embrión no maleadas por el error ni del todo iluminadas por la verdad, seres inocentes y ya acostumbrados á fingir las más tristes realidades! ¿qué podrá esperarse de ellos en adelante?

Hay muchos que dicen, y á mi juicio con acierto: «no me casaría con una actriz porque nunca sabría si también en el hogar representaba una comedia, ni podría distinguir en ella lo real de lo ficticio.»

Luego si esto puede razonablemente esperarse de quien aprendió á fingir, siendo ya adulto ¿qué hará quien casi nació ya fingiendo lo que no sentía?

Pero éste no es el único peligro; los niños tienen la facultad que un maestro llamaba de *atar cabos*, esto es, de reflexionar á solas todo lo que ven y no acaban de entender, lo que les hacen practicar y no comprenden. Sus deducciones son casi siempre en extremo luminosas... para el mal.

Acostumbremos ahora á los muchachos á las expresiones del amor arribado ante una niña que finje adorar con locura; habituemos á ésta á todas las vicisitudes, á toda la exaltación de los grandes afectos humanos; dejemos después á los pequeños actores solos, reflexionar allí con su almohada...

reflexionemos nosotros que ya no somos niños; pero recordamos cómo lo fuimos. ¡Qué inmenso número de deducciones desconsoladoras habrán de asaltarnos inevitablemente!

No es para referido aquí lo que la imaginación supone.

Ahora pensemos en la vida errante de los actores; recordemos la travesura de los niños cuando están reunidos en gran número, los peligros para la moral...

Más aún no olvidemos que no hay profesión como la del teatro para ejemplar en los que la siguen la más negra envidia, el orgullo y un amor desmedido á la alabanza, que les hace relegar á segundo orden hogar, familia, afecciones, todo lo que no sea el público y sus aplausos.

Y si pensamos en lo que ha de costarles aprender todas esas cosas, á fuerza de práctica, de violencia moral y física, y de castigo, el abismo se agranda, y no hay alma que no se subleve ante tamaña aberración, si no grangería indigna.

Hé aquí por qué, Sr. Presidente, llamo de nuevo su atención y la de esa dignísima Sociedad para que ajite la opinión sobre este punto, discuta, gestione y ponga en juego toda su influencia en demanda de remedio, que será para el que intente siquiera conseguirlo, un verdadero timbre de gloria.

SEVERO FRANCO.

(Del Resumen.)

## Local y provincial.

Ayer tarde prosiguió la comisión encargada de visitar los domicilios de los atacados de intermitentes palúdicas, su humanitaria tarea, convenciéndose una vez más, de que no se exagera al asegurar que la epidemia de paludismo es terrible y que llega á un grado máximo la miseria que dicha enfermedad produce.

Como consecuencia de las investigaciones practicadas hasta ahora por la comisión y por los médicos titulares, ha comenzado el reparto de bonos que representan la abundante y alimenticia ración que hemos detallado á nuestros lectores y que tantas necesidades ha de llenar.

Con este socorro, estendido hasta donde reclamen las exigencias que se tratan de satisfacer, y con el saneamiento de muchas pocilgas que llaman habitaciones, juntamente con la disminución de moradores en cada una de ellas y la limpieza de bastantes sitios donde existen aguas y despojos en putrefacción, se habrá hecho cuanto es posible por el pronto, para disminuir las causas que determinan la grave alteración que hoy sufre la salud pública.

Decimos que está es lo que hay que hacer por el pronto, pues como todos